

Noticiario

ULYSES

DOS NOVELAS LLEVADAS AL CINE

Camila es una película argentina considerada en su oportunidad, candidata al *Oscar*, que se basa en la historia de Camila O'Gorman, descendiente de irlandeses y nativos y que sucede en 1848, en plena dictadura de Juan Manuel de Robles, a quien don Vicente Pérez Rosales conoció exiliado en Londres, como un caballero tan bien educado y benigno, sin otro distintivo que su chiripá de gaucho. Camila O'Gorman se enamora del cura Ladislao Gutiérrez que llega a prestar servicios religiosos a su vecindad; huye con él y en seguida es castigada por el déspota, como si fueran enemigos suyos, haciéndolos fusilar por simple catarsis de crueldad y recelo al escándalo. La misma historia motivó al poeta Enrique Molina, la novela *Una sombra donde sueña Camila O'Gorman*, Barcelona, 1982, que también es precisamente documental, diluyéndose en fugas líricas, oníricas y hasta con arranques de misa negra, que nos recuerda con alguna frecuencia lo mejor de *Jesucristo* o de la *Escritura de Raimundo Contreras*, de Pablo de Rokha. "En los poemas de Molina se reconoce una fuerza primaria, que impulsa; sus temas se justifican en vivo y cruel aferramiento, constancia que crea una exacerbada visión del mundo y sus combates". Así se califica al Enrique Molina argentino en *Poesía argentina del siglo xx*, Buenos Aires, 1957.

La historia de Camila inspiró también la novela del mismo nombre del escritor argentino Agustín Pérez Pardella, quien vino a Chile con motivo de la última feria del libro realizada en el Parque Forestal de Santiago, con notable éxito de los escritores que han entrado de lleno a la civilización de la imagen televisiva y periodística. No sabemos cuál de las dos novelas inspiró la totalidad de la película. Por ahora, la vincularemos al intento poético novelesco de Enrique Molina.

"Los amantes abandonan hogar e iglesia y escapan juntos —escribe

Molina—. Rosas ordena una persecución implacable. El padre de Camila pide que se les aplique la pena máxima. Apresados después de un tiempo, son fusilados sin ninguna clase de juicio. Camila se halla embarazada. Para que su hijo no muriera sin bautismo se le hace beber a ella un litro de agua bendita antes de la ejecución. Se les entierra en un solo ataúd”.

El filme mantiene un aplomo que logra esfumar estas truculencias y está más próximo a Europa que a la América bárbara. Los canes rabiosos y todos los decapitados de los tiempos de Rosas no se ven en escena, en cambio surgen intimidades eróticas, locuras de la pasión desatada que sobrepasan cualquier destape. El cura de mirada erótica como Julián Sorel, de *Rojo y negro*, es inyectado de amor por la primera mirada de Camila y la lucha encarnizada contra su voto de castidad termina, como puede imaginarse, con la exhibición dichosa del amor que la gente de hace más de un siglo iberoamericano no podía perdonar. El cura y su amante pueden salvarse en el filme, gracias a la humanidad de don Esteban Perichon, juez de paz del pueblo de Goya y sobrino de la Perichona, abuela de Camila, pero al cura Gutiérrez lo ha emparedado su culpa y su enfrentamiento con Dios mismo.

El color, la dicción sin acento, el desempeño aplomado y justo, la sobriedad, como hemos dicho, y dentro de todo los ámbitos pesados, pero muy legítimos, explican el éxito y las metas ambiciosas de esta producción de los folletines reales llevados últimamente a la pantalla.

Y hay pasajes en que la novela no le va en zaga al filme como éste del fusilamiento de los amantes que citamos sin mostrar la totalidad de su horror: “Camila fue alcanzada por una bala en el vientre y otra le quebró un brazo. No había perdido el conocimiento. Lanzó un gemido atroz y movía la cabeza a un lado y otro, un aria cada instante más alta, un desesperado torbellino de angustia que produjo en los hombres del pelotón un horror indecible. Habían tratado de no apuntar sobre ella. Gutiérrez fue alcanzado en la cabeza y el corazón y murió instantáneamente. Ahora Camila miraba a los soldados con una expresión de piedad inaudita, desde un paisaje del color de la lejanía, donde dos niños corrían sobre la hierba”.

Camila, como puede suponerse, ha sido un éxito de taquilla y la novela del poeta argentino Enrique Molina, que está jalonada con documentos de primera mano, también ha contado con devorantes lectores.

JORGE AGUIRRE SILVA,
PREMIO NACIONAL DE ARQUITECTURA

Recuerdo a mi condiscípulo Jorge Aguirre Silva en el curso de lo que hoy se denomina *enseñanza básica*, como un niño sobrio y tranquilo que habitaba en

su casona patriarcal, frente al Palacio de Bellas Artes, una clave de su destino, y veraneaba en Conchalí, comuna entonces distante, que ahora pertenece a Santiago. Tuve la suerte de sentarme a la mesa de su casa, que presidía su padre el doctor Roberto Aguirre Luco, profesor de la Escuela de Medicina, de recuerdos imborrables y su madre doña Josefina Silva Somarriva, dama de agudísima inteligencia que leía la Biblia en uno de los corredores de la casa, de pie, con el libro en un atril y premunida de una lente.

La amistad de Jorge Aguirre Silva es un elemento balsámico en mi niñez y mi juventud, por su sobriedad, por su bondad natural, por su inesperado sentido del humor. Le veo en la Academia Literaria del Liceo Alemán, que fundara el padre José Schmidt, leyendo una crónica con una alusión peligrosa en 1927, que causó cierta zozobra a nuestros profesores y que significó el corte de una página de la revista de la Academia. Después seguimos entusiasmados en 1929, desde las galerías de los Campos de Sports de Ñuñoa, la pelea homérica del Tani, Estanislao Loayza, con Luis Vicentini, y se inició una amistad, con afinidades comunes de toda índole que pudo distanciarse, pero nunca desvirtuarse y que hoy, cuando a Jorge Aguirre se le otorga el Premio Nacional de Arquitectura 1985, estalla con muchos sentimientos contenidos. Pero este galardón y el hecho de que el distinguido haya sido invitado a las tribunas más resonantes de nuestro país, no significa que Jorge Aguirre Silva sea más profesional de lo que es. Ya en 1947, nuestro condiscípulo obtiene el Primer Premio en la Exposición de Arquitectura de Estocolmo y esta distinción de hace casi cuarenta años, Jorge Aguirre no la divulga ni varía su paso de trabajador infatigable.

El acuarelista, el escritor que hay además en Jorge Aguirre Silva, se muestran con plenitud, tal vez sin advertirlo él mismo, en este párrafo de su charla dictada el 24 de septiembre de 1985, en el Museo Nacional de Bellas Artes, con motivo de recibir su Premio Nacional. Entonces escribe: "Fue el 22 de julio recién pasado. Recuerdo el día exacto: estaba observando desde mi Taller, al océano Pacífico; en un día estival pleno de luz y de sol. Revivo el límpido azul de su cielo, tan puro como el que traduce los versos del himno patrio. Azul infinito que se fundía con el mar en el horizonte; y acá en el roquerío, se transformaba en nivea espuma. De súbito, se rompe el silencio con una llamada apremiante. Es una voz que se percibe como en lontananza; es la palabra de nuestro Presidente (se refiere al Presidente del Colegio de Arquitectos) que me anuncia una buena nueva: El Colegio de Arquitectos ha decidido otorgarme el Premio Nacional de Arquitectura 1985".

Jorge Aguirre se pregunta en seguida por qué recae esta distinción tan amplia en su persona y a mí me evoca la meditación de un gran poeta de

Boston, Waldo Ralph Emerson, quien vivió entre 1803 y 1882 y que se encuentra en una cabaña junto al mar, laborando a solas, cuando el viento le acarrea unas hojas de diario que le informan de su triunfo. El creador no se había distraído en su ensimismada tarea que no espera nada.

DOMINGO MELFI, A LOS 40 AÑOS DE SU MUERTE

Me aproximé a la revista *Atenea* en 1941, con motivo de la publicación de mi libro de cuentos *Los egoístas*. Su director era Domingo Melfi Demarco (1892-1946), un literato natural que escribía en armonioso estilo, al correr de la máquina. Melfi había nacido en Vigniano, Italia, llegó muy niño a Chile y se tituló de dentista. El narrador vernáculo Leoncio Guerrero, nacido en 1910 en las riberas del Maule y fallecido en 1977, nos contaba que Melfi le había obturado en Talca un molar. Melfi acogió al escritor aspirante con una generosidad que bullía dentro de sí, más de lo que se mostraba y dispuso que otro escritor joven, Francisco Santana, comentara in extenso el libro.

Domingo Melfi era además periodista, dirigió entre otras publicaciones *La Nación* en tiempos de fuerte presión política; cumplió una campaña en contra de la postulación de Carlos Ibáñez a la Presidencia de la República, en 1942, y enfermó para morir en 1946, a los 54 años de edad.

La enfermedad de Melfi fue para su amigo y admirador, el novelista Luis Durand, motivo de tortura. El autor de *Frontera* veía la muerte a cada paso, de manera que después de visitar al enfermo, salía poblado de obsesiones. Cuando Melfi murió y llegaron a su casa los directores de *El Mercurio* y de *El Diario Ilustrado*, Rafel Maluenda y Luis Silva, Durand vagó sin rumbo por las calles de Santiago.

Domingo Melfi era dueño de una actitud mayestática, de gran dignidad, algo que tal vez explique su estilo acompasado que no se alteró con la vastedad de sus crónicas escritas con diversos seudónimos. Dichas crónicas, para suerte de nuestra cultura, están catalogadas en la Sección Referencias Críticas de la Biblioteca Nacional que dirige Justo Alarcón Reyes. Quien desee informarse todavía más de la obra de Domingo Melfi, puede consultar la memoria de prueba de Carlos Zúñiga Ogaz, titulada *Domingo Melfi, su vida, su generación y su tiempo*. 1962. Dicha memoria se encuentra archivada en la Biblioteca de la Universidad Católica de Santiago.

Había además en Melfi un luchador insobornable por los fueros de nuestra vapuleada clase media, hoy columna dorsal y distintivo de nuestro país en Iberoamérica. Esta actitud es visible en sus libros *Portales*, 1930;

Dictadura y mansedumbre, 1931; *Sin brújula*, 1932; *Indecisión y desengaño de la juventud*, 1935; *Dos Hombres, Portales y Lastarria*, 1937; *Tiempos de Tormenta, en el Remate de un Viejo Palacio Santiaguino*, 1945.

Tal vez hubo en Melfi un novelista que no logró realizarse, no por incapacidad, sino más bien por los trabajos que le exigió la vida y también por cierto desdén propio de un europeo. Esta apreciación es más visible en el último libro a que hemos aludido, que se inicia con un compás novelístico muy notorio, desvanecido después por la deformación profesional del ensayista.

La posición inmovible, muy idealista y un poco desligada de la realidad, como defensor de la clase media, que le aproxima a no pocos escritos del doctor Augusto Orrego Luco (1848-1933), le atrajo las consabidas críticas, algunas de las cuales corresponden a *Alone*, con motivo de la publicación de *Dos Hombres, Portales y Lastarria* y *El Hombre y la Soledad en las Tierras Magallánicas*. Para Hernán Díaz Arrieta, *Alone*, no cabía paralelo entre Diego Portales y José Victorino Lastarria, a quien siempre recordaba por aquello de "tengo talento y lo luzco".

Domingo Melfi fue además un polemista de aquellos más temibles debido a su habitual serenidad y su desdén, un polemista de esos que lanzan la flecha sin que les tiemble el pulso. Recordamos una diatriba suya que remataba con la estrofa del Arcipreste de Hita, esa que dice: "No son homes todos los que mean a la paret".

En su desempeño como director de *Atenea*, el ensayista y crítico por excelencia que era Melfi, con captaciones humanas directas de los autores que se tornan inolvidables, como sucede en *Estudios de la Literatura Chilena*, 1938 y en *El Viaje literario*, 1945, se atrajo, por cierto, fieles admiradores y enconados enemigos. Entre estos últimos, sólo vamos a mencionar al joven profesor Norberto Pinilla, autor de siete libros de ensayos, fallecido, por rara paradoja, angustiado por todo lo que pensaba realizar, en 1946, el mismo año en que murió Melfi.

A Domingo Melfi le siguió en la dirección de *Atenea* el novelista Luis Durand, pero ahí nos acercamos a un personaje que debe enfocarse aparte, como testimonio de un mundo próximo en el tiempo, pero muy lejano en la acelerada historia que nos ha tocado vivir.

CRISTIAN HUNEEUS

Muy joven murió el escritor y profesor Cristián Huneeus, muy joven para el ejercicio de la literatura, tenía sólo 48 años de edad. En 1960, su padre

Aníbal Huneeus Eastman, que había sido condiscípulo nuestro, cuando su hijo publicó *Cuentos de Cámara*, su primer libro, nos refirió su secreto: El antiguo oficial de caballería, el agricultor, el militante de un partido político, anti Frente Popular, tenía un hijo escritor. Pero el joven escritor era un rebelde y esa rebeldía, en primer término, al carácter autoritario de su padre, se advierte en algunos de sus cuentos. De nada valió que Cristián Huneeus pasara por la Escuela Militar; pronto cambió de apariencia, se convirtió en un estudiante rubio, de pelo largo y anteojos, fue alumno del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile y escribió su memoria para recibirse de profesor sobre Henry James. De aquel contacto a través de su padre, salió un comentario en una audición radial que hacíamos en ese tiempo y en el cual escribimos acerca de su persona: "Ama el pecado de un modo extraño y escabroso".

Desde entonces, nada supimos de la persona de Cristián Huneeus hasta la fecha de su muerte, noviembre de 1985, en que revisando recortes nos encontramos con que estuvo becado en una Universidad inglesa; que desde 1968, año en que murió su padre, se dedicó a la agricultura en la zona de Cabildo, que tuvo una audición cultural en la Radio de la Universidad de Santiago, que publicó una novela, *El verano del ganadero*, considerada pornográfica, aparecida con seudónimo y que uno de sus últimos libros de cabecera fue un tomo de Octavio Paz. En aquellos recortes se estampan también unas opiniones suyas sobre la muerte, vertida meses antes de morir, en una entrevista de diario. Pero desde cualquier nivel en que aludamos a la muerte, lo hacemos pensando en una enfermedad que concierne a los demás y nunca a nosotros mismos. *El amor, las mujeres y la muerte* tituló una de sus obras el filósofo de Dantzing y tal vez en esa llama se consumió Cristián Huneeus.

UN HERMANO DE SOR TERESA DE LOS ANDES

En estos días se ha recordado a Miguel Fernández Solar, con motivo de la posible beatificación de su hermana Sor Teresa de Los Andes, en el mundo Juanita Fernández Solar, nacida en 1900 y fallecida en 1919. Vida breve, propia de la poesía y de la santidad.

Una de las hijas de Miguel ha señalado a la prensa que su padre no fue un bohemio, sino una 'persona correctísima' y que a los pocos días de su muerte, sucedida el 16 de marzo de 1953, Joaquín Edwards Bello escribió en *La Nación*: "Cariñosamente le llamábamos Miguelón. Era grande, fuerte, buenmozo. En cierta época la elegante y bien intencionada Mariluz quiso

que Miguel integrara su postura de mosquetero a la mejor sociedad, a la que pertenecía por derecho. Miguel no sirvió para eso. Era poeta. Perteneció a la Humanidad”.

Tal vez Joaquín Edwards no recordó que Miguel Fernández Solar actuó en 1919 en la obra de Elvira Santa Cruz Ossa (Roxane), *El voto femenino*, representada en el Club de Señoras, fundado por doña Delia Matte, en uno de los primeros teatros de bolsillo, en compañía de Marcelle Auclair, Mariano Casanova y Marta Petit. Una obra con ‘gente distinguida’, de gran éxito.

Nosotros conocimos a Miguel Fernández Solar junto a la mesa consagratória del poeta Max Jara, en una casita de la calle San Francisco próxima a Diez de Julio, exactamente en 1936, al publicar nuestro primer libro de poemas y ser sometidos a una ceremonia de inolvidable y cruel iniciación. Max Jara calificado de ‘modesto’ por la gente distante, aceptaba oír a un poeta joven después de ciertos prolegómenos de vino y buenas carnes con ensaladas criollas fuertes. En aquellas citas memorables cambiaban ideas singulares, el dueño de casa, el gran Rafael Ibarra Loring, el siquiatra Carlos Soto Rengifo, Ministro de Educación de Carlos Dávila y otra gente muy diferenciada de diversos niveles. A Max Jara se le decía ‘maestro’.

Miguel Fernández recitaba en el momento más propicio alguno de sus poemas que lentamente conformaron su libro *Campesinas íntimas y otros poemas*, merecedor del Premio Municipal de Poesía de 1942, con el voto amparador de un buen jurado, René Frías Ojeda, regidor municipal, autor del poema *La maestría*.

Miguelón, como le llamaban sus íntimos, trabajaba en la Facultad de Química y Farmacia de la Universidad de Chile y Max Jara en la Casa Central del mismo plantel, en una oficina cuyo jefe era un imponente caballero de apellido Mandiola. Miguel Fernández tenía orgullo de que siempre se le reconociera su condición de funcionario de la Universidad.

El poeta decía su verso como una oración y a veces merecía una venia aprobatoria del maestro Max Jara, quien, por encima de todo, valoraba la pureza y la verdad poética. El poeta hablaba de sus hijas, en especial de María Isabel, a quien le dedicó este poema: “Este te lo cuento/ para que te duermas/ rosal de ternuras,/ mi niña pequeña,/ que habré de partir/ antes que amanezca/ a robar canciones/ en la noche negra”.

Miguelón afirmaba que sus hijas eran la ‘niña’ de sus ojos y el poema aludido lo recitaba con acento religioso poético, de temblorosa dicción. El poeta era en verdad un bohemio, un incomprendido, con su complicada sensibilidad a cuestas. En una de sus curas en el Hospital Siquiátrico, con su cabeza sana, por cierto, se encontró con un orate de verdad que le vendía

diariamente el portal Fernández Concha; las escrituras estaban listas para ser firmadas. Max Jara con su mente aristotélica le amonestaba y le hacía sufrir, entonces el reprendido guiñaba un ojo y trataba al 'maestro' de Maximiliano, nombre civil de Jara. Otro poeta, Julio Barrenechea, le retrató así en su libro *Frutos del país*, Santiago, 1965: "Miguelón era muy alto, tenía un rostro infantil, parecía un árbol con un niño arriba. Su voz era una entrega, salía directamente del corazón".

Con Miguel Fernández arriesgamos la vida en una cancha de rayuela y restaurante de la calle Santa Rosa, situada a la espalda del Regimiento de Artillería *Maturana*, junto al poeta y vendedor de libros Rafael Hurtado; también en el *Patio Andalúz* de la Plaza de Armas donde el poeta resultó con un diente fracturado que le examinó esa misma noche el odontólogo Rafael Ibarra Loring. Todo aquello sucedía en un Santiago de hace 50 años.

Después Miguelón enfermó y debió hospitalizarse de nuevo y estar a dieta. Poco antes un médico amigo le había prescrito que bebiera 'cola de mono'. Así se alimentaría con la leche del ponche y se entonaría con su malicia de café y aguardiente. Esto me lo contó Miguelón sonriendo en una calle céntrica y tal vez fue nuestro último diálogo.

Cuando Miguel murió, el 16 de marzo de 1953, a los 58 años, se dispuso un funeral privado, con anuncio al día siguiente del entierro. Acaso sus deudos aristocráticos no quisieron que se congregara la bohemia literaria, con sus vates y juglares a rendirle un homenaje ardiente al poeta. Pero nunca se sabe cómo entreteje el destino su telar. Ahora resulta que la posible instalación en el Cielo de una Santa chilena, sitúa en primer plano en nuestra tierra a su impar hermano que probablemente buscó a través de su poesía, los caminos de la eternidad.